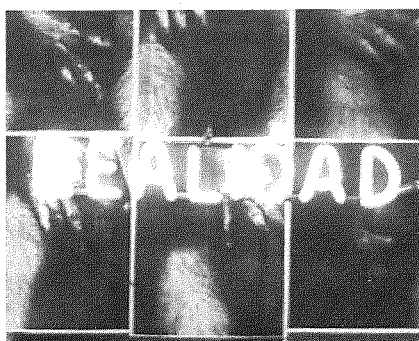


REPRESENTACIONES DE LO FAMILIAR Y DE LO EXÓTICO

Jimena Perry¹



Tradicionalmente la antropología y sus áreas de interés y estudio, entre ellas la museología, han tratado de producir descripciones “objetivas” de la diversidad de culturas que habita el mundo. Estas descripciones se han plasmado en fotografías, textos, películas e, incluso, en las exposiciones de los museos arqueológicos y etnográficos.

El objetivo de este artículo es mostrar la manera como a través de los museos se construyen imágenes de las diversas culturas que habitan el mundo. Los museos no son entes estáticos o muertos que almacenan objetos considerados bellos, exóticos o curiosos. Por el contrario, son instituciones que transmiten mensajes políticos que influyen en las percepciones que tiene el público acerca de otras culturas.

Las exposiciones etnográficas fueron parte del inicio de la antropología moderna. Este artículo pretende analizarlas desde una perspectiva que sirva para mirar más detalladamente el ejercicio de la antropología y sus tradiciones históricas.

En este contexto se analizarán algunas exposiciones mundiales entre las que se incluirá un ejemplo colombiano.

1. Antropóloga, Universidad de los Andes. Profesora Departamento de Antropología, Pontificia Universidad Javeriana.

Antecedentes históricos

Los museos que surgieron a finales del siglo XIX y comienzos del XX, estaban muy influenciados por la preocupación moderna de representar al hombre y su función en el mundo. La humanidad era vista tan sólo como un fenómeno más de la naturaleza, por lo tanto los museos exhibían procesos y experiencias que eran pensados como temporales mediante exposiciones estáticas.

Como parte del surgimiento de la antropología moderna se consideraron conceptos como tiempo, espacio, lenguaje y geografía. Las imágenes que transmitían los museos de las culturas no occidentales encuentran en estas ideas su justificación. De acuerdo con J. Fabian (1983) uno de las principales formas para entender esta temporalidad evolucionista que hacían los museos, es la secularización del tiempo. En la tradición cristiana la idea de conocimiento era una parte integral del marco teórico de los intelectuales. Términos como “civilización”, “evolución”, “industrialización” y “urbanización” pertenecen todos a un esquema de tiempo evolutivo. Esta manera de concebir el tiempo proporcionó a los occidentales el poder de creer que las culturas no occidentales no tenían la misma temporalidad y que por lo tanto se podían referir a ellas como “salvajes”, “primitivas” y “exóticas”. Estos términos se convirtieron en un medio para afirmar la superioridad blanca y fueron ampliamente aceptados.

Un discurso que emplea términos como primitivo,

salvaje (y también tribal, tradicional, Tercer Mundo o cualquiera que sea el eufemismo de moda) no piensa, ni observa, ni estudia críticamente lo “primitivo”; piensa, observa, estudia en términos de lo primitivo. Lo primitivo, por ser esencialmente un concepto temporal, es una categoría, no un objeto del pensamiento occidental. (Fabian, J. 1983: 18).

La diferencia entre el mundo occidental y el no occidental se basaba en ideas de tiempo que resaltaban la diversidad de tal manera, que el resultado fue una mayor separación y distancia entre estos mundos. Los museos y sus exposiciones también ayudaron a crear esta brecha al exponer culturas y sociedades estáticas que eran consideradas como pueblos sin tiempo y sin historia. Si se pensaban de esta forma eran inferiores de inmediato porque sus categorías no tenían cabida en Occidente y en su esquema del mundo.

La antropología surgió y se estableció como un discurso alocrónico, es decir, como una ciencia de otros hombres en otro tiempo. (Fabian, J. 1983).

Muchos de los investigadores creían que una buena forma de adquirir conocimiento acerca de otras sociedades, era aprendiendo el lenguaje. “Coleccionaban” lenguaje, lo mismo que coleccionar objetos, especímenes naturales y artefactos curiosos, el lenguaje era parte del mismo proceso.

Otro elemento importante en esta construcción de imágenes del otro, como extraño, es el lenguaje. Los términos “etnología”, “etnografía” y “etnológico” tienen orígenes recientes. Fueron introducidos al lenguaje inglés durante 1830 y 1840. El uso de la palabra “etnología” promulgaba la importancia de estudiar la historia física y civil de pueblos no cristianos, estos “etnólogos” veían la distribución de razas alrededor del mundo como un producto de procesos climáticos. Así mismo, el lenguaje era considerado como un importante instrumento ya que muchos victorianos creían que era la llave para entender la historia de la humanidad. De esta forma, el éxito de alguna investigación “etnológica”, dependía de la recolección de datos confiables acerca de otras culturas: sus historias, sus creencias, sus costumbres, su religión y sus hábitos. Muchos de los investigadores de ese tiempo creían que una buena forma de adquirir conocimiento acerca de otras sociedades, era aprendiendo el lenguaje de las personas bajo estudio. “Coleccionaban” lenguaje, lo mismo que coleccionar objetos, especímenes naturales y artefactos curiosos, el lenguaje era parte del mismo proceso.

Entre los viajeros se reconocía que cierta clase de vocabulario como los números, los nombres geográficos, los de animales y los pronombres personales eran especialmente deseables para entender el modo de vida de un pueblo y lograr la comunicación con ellos. Las instrucciones etnológicas

empezaron a ofrecer símbolos fonéticos para codificar sonidos extranjeros basados en palabras inglesas bien conocidas - similares a las guías fonéticas que uno ve en los diccionarios hoy. (Bravo, M. 1996: 345).

Así mismo, aprender el lenguaje demandaba cierta adaptación cultural que ofrecía suficiente intimidación para remover los objetos de su contexto e incluso la gente misma. Era una extensión del poder que el lenguaje proveía.

Relacionada con el aprendizaje del lenguaje, la geografía se convirtió en otra fuente importante de información y poder. La ayuda de informantes nativos era crucial para esta tarea porque eran ellos quienes conocían mejor su entorno. De esta forma Occidente tenía un doble poder: el que emanaba de su propia cultura y el que adquiría de las culturas que estudiaba. La información obtenida era una fuente de conocimientos que se utilizaba para diferentes propósitos. De esta forma los viajeros, misioneros e investigadores obtenían más poder y, por consiguiente, el derecho de categorizar, clasificar o caracterizar a las otras sociedades bajo su propia visión del mundo. Las descripciones geográficas se convirtieron en importantes fuentes de información porque incluían descripciones de costumbres, hábitos y creencias. Los mapas sirvieron para localizar sitios sagrados, rutas y caminos que más adelante fueron la base para el tráfico de humanos.

Durante 1860, un cambio ocurrió en la aproximación y acercamiento a las culturas consideradas como "salvajes".

En 1863, la Sociedad Etnológica Británica cambió su concepto de raza, que tenía connotaciones históricas y morales, por una visión más anatómica. Esta nueva teoría evolucionista reemplazó, de alguna manera, el debate existente de razas inferiores y superiores y el de inequidad racial. Estos debates fueron reemplazados por técnicas de clasificación y medición. Aunque la discusión anterior no se acabó, ahora el énfasis estaba en otra parte. Los elementos taxonómicos de clasificación se introdujeron principalmente en la categorización de artefactos como herramientas.

Un evento especial evidenció estos cambios: la gran exposición mundial de Londres en 1851. En este momento, algunos académicos dijeron que la yuxtaposición del "hombre salvaje" con los instrumentos industriales más avanzados de la humanidad era repentina e inútil. En cambio, el énfasis estaba en mostrar como los graduales y pequeños cambios en el desarrollo de la humanidad se podían observar por medio de objetos. Esto no cambió la percepción acerca de las culturas no occidentales como "primitivas", al contrario la resaltó exhibiendo a las personas como objetos que se podían medir y clasificar, aumentando el sentimiento de la superioridad blanca.

Los gabinetes de curiosidades

Los museos no siempre han tenido la misma forma y las mismas políticas. Anteriormente, eran considerados gabinetes de curiosidades, los cuales eran muy comunes en Europa durante los siglos XVI y XVII.

Estos "museos" estaban organizados de varias maneras, pero en cada uno

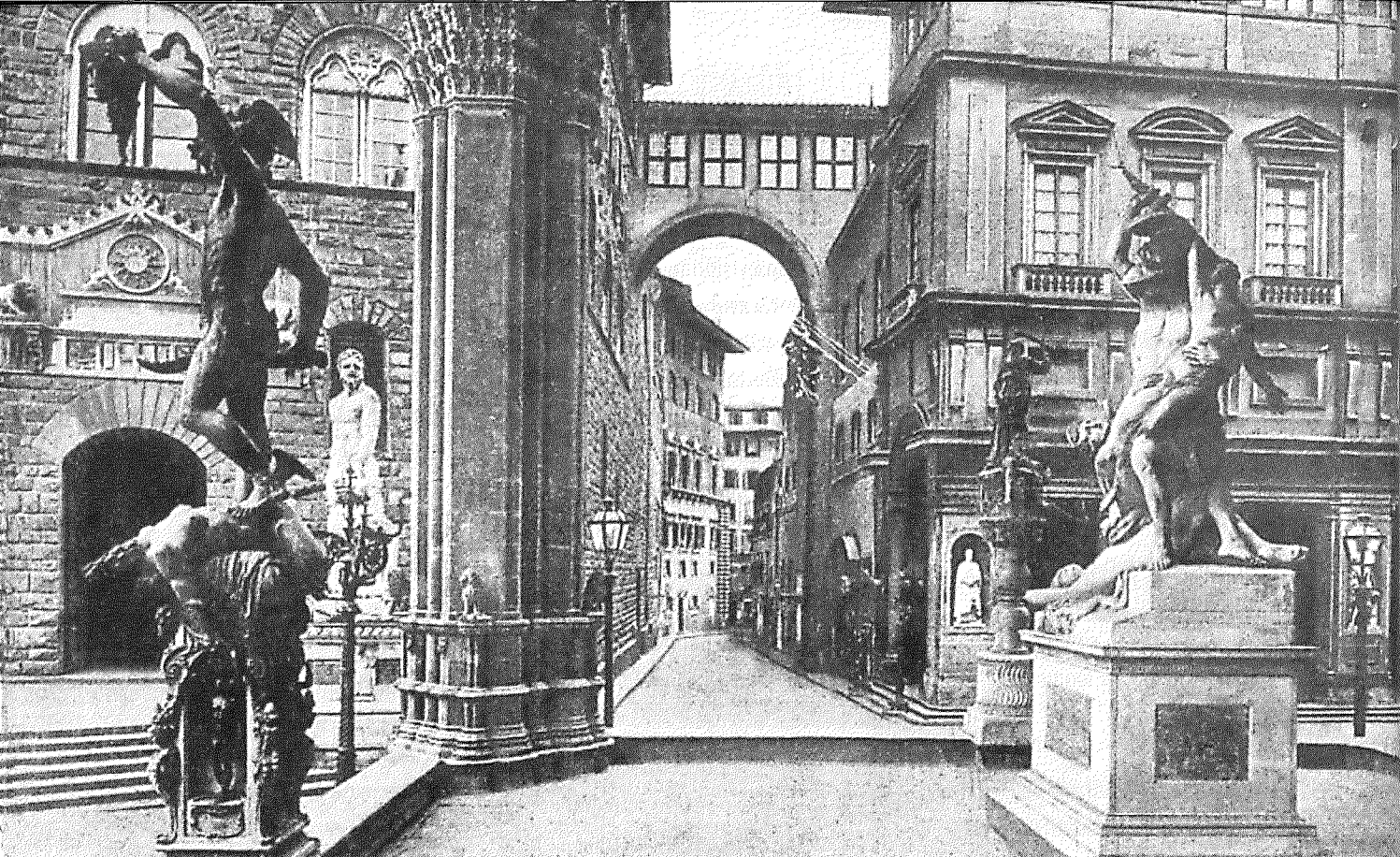
los espacios y los objetos individuales tenían la función de agrupar un número de cosas materiales y ordenarlas de tal modo que representaran o recordaran una visión entera o parcial del mundo. (Hooper-Greenhill, E. 1992: 78).

En este momento las culturas no occidentales eran clasificadas a la par con extraños especímenes de flora y fauna, objetos que despertaban curiosidad, trofeos o curiosidades que recolectaban los viajeros que iban a tierras lejanas y desconocidas. Los objetos que hacían parte de las colecciones de estos gabinetes eran considerados como "curiosidades", "rarezas" o "curios".

La gran exposición mundial de Londres en 1851 no cambió la percepción acerca de las culturas no occidentales como "primitivas", al contrario la resaltó exhibiendo a las personas como objetos que se podían medir y clasificar, aumentando el sentimiento de la superioridad blanca.

K. Walsh ha llamado a estos gabinetes, "proto-museos", los cuales adquirirían la forma de colecciones privadas o gabinetes de curiosidades y tenían como objetivo encapsular y comprender la naturaleza universal del mundo. Eran descritos como lugares llenos de objetos misceláneos y escogidos al azar.

Tradicionalmente estos gabinetes han sido considerados como desorganizados y no sistemáticos; ilustraban la escogencia del coleccionista sobre lo que era maravilloso o exótico. Sin embargo, Eileen Hooper-Grennhill ha dicho que



Museo de los Oficios

estas aproximaciones a los gabinetes y a su estudio son erradas y que la naturaleza de estos “proto-museos” no ha sido entendida. Estos lugares reflejaban la ideología del momento en el cual los objetos se trataban como curiosidades dentro de un esquema del mundo que concebía que, lo que no era familiar, era exótico.

Una cosa no podía ser considerada una curiosidad sin tener como referencia el deseo intelectual y experimental del conocedor: los discursos, las preguntas y las relaciones eran curiosidades, no solamente los objetos - y, sin embargo, las actitudes subsiguientes tendían a cosificar los especímenes tribales como expresiones de una condición salvaje, como un estadio bárbaro fundamentado sobre el desarrollo social en lugar de fundamentarse sobre las repuestas y el placer o displacer de una determinada persona civilizada. (Thomas, N. 1994: 122).

Durante el siglo XIX los gabinetes se transformaron en museos, hecho que contribuyó al establecimiento de la antropología como disciplina. Aunque la manera de clasificar los objetos sufrió cambios, la forma de ver a las culturas no. Estas continuaban siendo “salvajes”, “incivilizadas” y “primitivas”.

Los pueblos primitivos continuaron considerándose como parte de la flora y de la fauna, y, por lo tanto, el arte y las artesanías se clasificaban y se presentaban de acuerdo con la similitud de su forma, su estadio de desarrollo o su origen geográfico. La comparación era el ingrediente principal. (Ames, M. 1992: 51).

Durante este siglo, la teoría evolucionista fue la que predominó en las exposiciones. La humanidad era percibida como capaz de adoptar una posición dentro del orden del universo, apreciando la superioridad de algunas

culturas. El propósito de los gabinetes era representar el universo.

Existen diferencias sobre como estos gabinetes se desarrollaron en Europa y en Estados Unidos. Los museos modernos británicos, por su parte, tienen su origen en las sociedades filosóficas que emergieron en los siglos XVIII y XIX.

Estas colecciones de las sociedades filosóficas consistían en objetos recogidos o donados por personas interesadas en la geología, la historia natural, las antigüedades y los artefactos etnográficos. (Walsh, K. 1992:21).

En los Estados Unidos, estos “proto-museos” tenían un énfasis diferente. Desde el siglo XVIII, su objetivo principal era exponer sus colecciones al público general. Un ejemplo de esto es el Museo Charleston en Carolina del Sur (década de 1770). En Estados Unidos, los museos públicos existieron años antes de las grandes

colecciones privadas que, en Europa, fueron las antecesoras de los museos.

F. Boas fue un investigador convencido de la necesidad de educar al público, lo cual demostró en el arreglo de las galerías del Museo Americano de Historia Natural a finales del siglo XIX y principios del XX. Introdujo en sus exposiciones el concepto de relatividad cultural², ordenó los objetos de acuerdo con su contexto, procuró preservar las múltiples funciones y los significados intrínsecos de una determinada forma, para transmitir un mensaje de relativismo. Le interesaban la clasificación y el desarrollo de la complejidad histórica de cada cultura. Creía que las diferentes culturas no podían acomodarse dentro de un esquema evolutivo porque eran diferentes y esas diferencias debían tenerse en cuenta para entenderlas en su contexto cultural. Un artefacto de cultura material no se podía entender aparte de lo que lo rodeaba y sin tener en cuenta los inventos y producciones de la sociedad. Con esto en mente, organizó

una exposición que representaba el mundo de los kwaitiutl. Esta incluía personas vivas con la intención de presentar al público la vida del grupo. Boas pensaba que los objetos no podían decir nada acerca de la cultura si su función no era conocida y esto era sólo posible mediante el contexto:

La solución al problema de la exposición fue una "colección" que representaba la vida de una tribu. El ideal de un museo etnológico para Boas era uno que estuviera organizado según exhibiciones de colecciones tribales. Prácticamente, Boas sugirió una exposición de "un conjunto completo de lo representativo de un grupo étnico" (los kwaitiutl), mostrando las particularidades tribales en pequeños conjuntos especiales. Boas insistió en que tal exposición no era una clasificación, sino una agrupación solamente, "de acuerdo con similitudes étnicas". (Jackins, Y. 1985: 79).

Los gabinetes de los siglos XVIII y XIX, tenían además de la clara intención de "representar una imagen del mundo», de acuerdo con Hooper-Greenhill -académica inglesa, especializada en Museología- dos

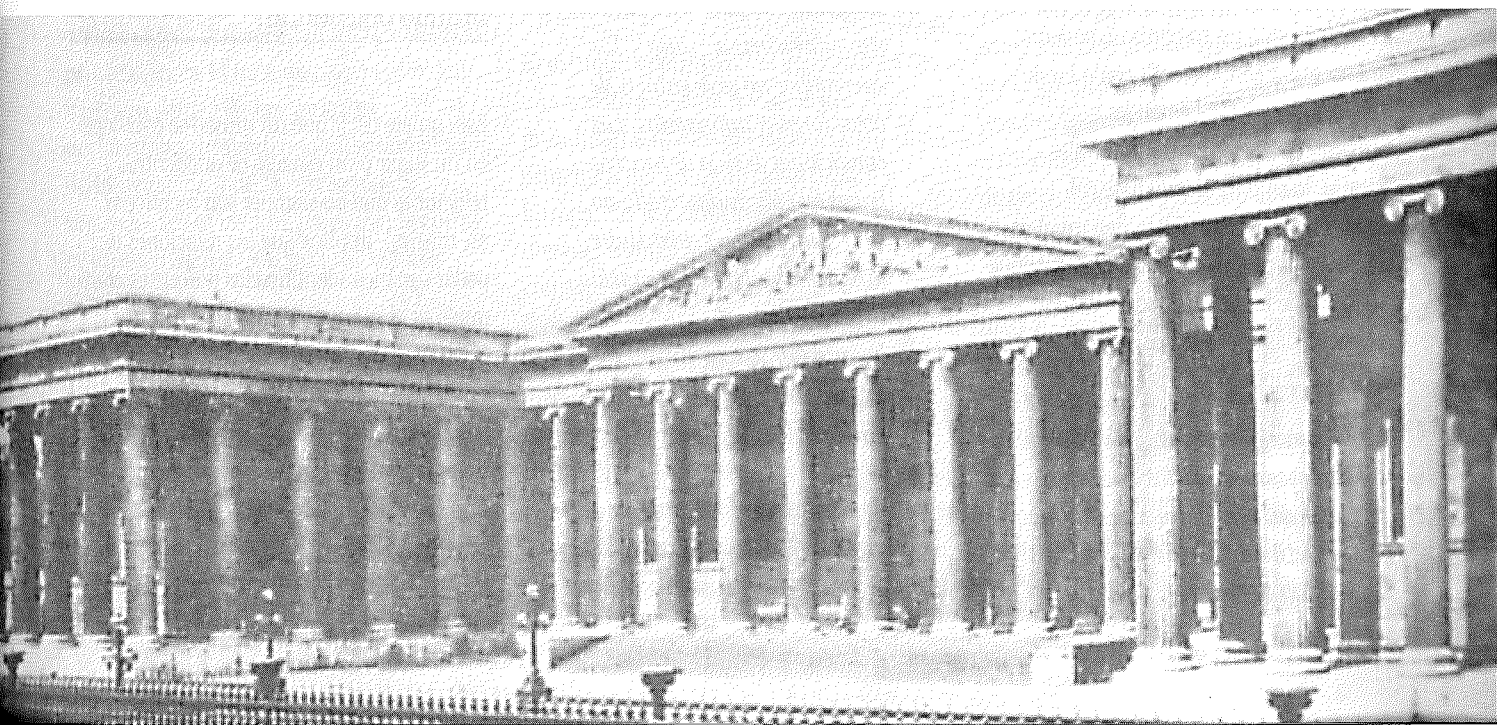
intenciones principales: En primera instancia, coleccionar, reunir, presentar o exhibir objetos dentro de un discurso donde las cosas materiales pudieran representar todas las partes del universo conocido hasta entonces. En segunda, habiendo reunido una colección representativa de objetos, presentar o exhibir ese conjunto de tal manera que el ordenamiento de la cultura material representara y demostrara el conocimiento del mundo. Su intento fue el de establecer un orden, un modo de cómo debían ser las cosas, y este ordenamiento ayudaba a situar a los otros y a sus culturas dentro del esquema del mundo del momento.

Los museos etnográficos

Históricamente los museos etnográficos han participado activamente en la construcción de las imágenes del otro.

Varias colecciones etnográficas han sido expuestas en museos, desde las de los gabinetes de curiosidades hasta las de los museos americanos modernos para ilustrar como cada aproximación caracteriza, de

² El relativismo o relatividad cultural es el concepto que argumenta que el comportamiento de una determinada cultura no debe ser juzgada por los parámetros de otra. El relativismo cultural dice que no hay culturas superiores, universales o inferiores y que las reglas morales y éticas de todas las culturas se merecen igual respeto. KONRAN, Phillip K. *Antropología. La exploración de la diversidad humana.*



una forma particular, el arte y las artesanías de la gente del tercer mundo y de las minorías étnicas. Estos han sido los sujetos que tradicionalmente han sido expuestos en los museos antropológicos. (Ames, M. 1992: 49).

Este modo de pensar rara vez ha tenido en cuenta el modo de pensar de los sujetos que exponen. Si lo hicieran, estas personas dejarían de ser vistas como "salvajes". Sin embargo, queda un largo camino por recorrer antes de que las sociedades sigan caracterizándose mediante imágenes que no corresponden a su propia realidad.

Generalmente, en las exposiciones, otras culturas son presentadas por gente que no hace parte de dicha cultura. Sólo recientemente ha habido un sentido de colaboración que permita tanto a las sociedades como a sus observadores sentirse cómodos y satisfechos con las exposiciones. No existe un solo punto de vista de la gente que hace parte de una cultura y tampoco se puede considerar como representativa una sola forma de pensar. Los tiempos cambian y las imágenes también. Sin embargo, el exponer gente estática o supuestamente sin historia, ha sido un mecanismo poderoso para acentuar concepciones como las de "exóticos". No es fácil entender o aproximarse a perspectivas culturales distintas, lo cual ha sido la base del conocimiento antropológico y en muchas ocasiones los puntos de vista de la gente que hace parte de una cultura son transformadas por la imposición de categorías importadas. Sin embargo,

El conocimiento se deriva más de las memorias de los ancianos que de los así llamados datos objetivos de las ciencias sociales. (Ames, M. 1992: 54).

Los museos etnográficos han sido llamados por B. Durrans "máquinas del tiempo" que convencionalmente representan sociedades no occidentales. Muchos museos tanto como algunos libros de texto, funcionan de la misma forma. Las exposiciones arqueológicas, por ejemplo, se mueven del pasado al presente y los museos etnográficos lo hacen del presente al pasado, pero también del pasado al presente. Esta cronología ha sido muchas veces utilizada para sugerir que culturas que todavía siguen vivas pueden situarse en un esquema social evolutivo. De otra parte, los objetos parecen ser los datos más objetivos con los cuales se puede entender a otra sociedad, sin embargo, los significados de los artefactos varían enormemente entre las culturas e incluso dentro de la misma. Las exposiciones museológicas tienen que ser muy cuidadosas y tener en cuenta que los significados culturales no se restringen a los objetos.

El proyecto de los museos ha sido entendido como una empresa a la que asiste el público interesado en entender la condición humana. Esto se ha logrado por comparación y exposición de cosas e ideas con las cuales el público no es familiar.

Las buenas intenciones o un compromiso con el "realismo" no garantiza que los estereotipos no se acentúen de otras formas imprevistas. Las condiciones de vida de muchos países en vías de desarrollo no se pueden reproducir directamente en un escenario museográfico: el intento de hacerlo tan solo confirma los prejuicios. (Durrans, B. 1988: 150).

Los museos que han intentado acabar con estos prejuicios o estereotipos acerca de otras culturas sólo ocasionalmente lo han logrado. Una estrategia usada con este

propósito fue la utilizada por F. Boas a principios de siglo, pero pocos han sido los intentos. En el proceso, lo extranjero se ha vuelto cada vez más "extraño" y los indígenas más "peligrosos". Los museos se convierten entonces en los que J. Clifford ha llamado "zonas de contacto". Una "zona de contacto" es:

Un espacio de encuentros coloniales, el lugar en donde gente geográfica e históricamente separada entra en contacto y establece relaciones que generalmente involucran condiciones de coerción, inequidad racial y conflicto inevitable. (Clifford, J. 1997: 192).

El exhibir "primitivos" se convirtió, en Estados Unidos y Europa, en una práctica común de las ferias mundiales a finales del siglo XIX y a principios del XX. Estas exposiciones no estaban concebidas para ser una experiencia de intercambio cultural, sino como una manera de reforzar la superioridad del mundo occidental.

Esto quiere decir que un museo se convierte en un lugar o un espacio de encuentros y relaciones que no siempre son recíprocas. Así mismo, implica que las relaciones de poder son bien identificadas porque es claro quién es el expuesto y quién el expositor. Los museos se convierten en un lugar (no el único) en donde lo ajeno se construye basado en su diferencia, pero ésta no siempre es vista como una cualidad positiva sino como una característica peculiar. Los museos ayudan a perpetuar y a exotizar la familiaridad del otro:

A una estrategia de exposición en donde la diferencia predomina la llamo exotizar y a una en donde las similitudes se resaltan la llamo asimilación. Estamos más acostumbrados a las estrategias que exotizan, ellas predominan tanto en la cultura popular como en las crónicas de viajes y también en la escritura académica. (Karp, I. 1991:375).

Las exhibiciones humanas no eran vistas como un reflejo del etnocentrismo norteamericano o europeo, sino como una forma de resaltar su superioridad y como una manera de justificar prácticas como la esclavitud.

Existen muchas clases de museos y de exposiciones. Varían de acuerdo con el mensaje que quieren transmitir. La antropología ha encontrado un fértil campo para su desarrollo en estos espacios que, desde los gabinetes, han tratado de guardar récords y producir conocimiento de diferentes culturas. Sin embargo, en el esfuerzo por alcanzar este objetivo, la diversidad se ha resaltado primero, sobre la base de clase, etnicidad y género dentro de las culturas occidentales, proviniendo tales imágenes de la negación y de la inversión; y segundo, sobre las imágenes que las otras culturas tienen de sus propios salvajes (nosotros).

Las exhibiciones de humanos

Las exhibiciones humanas son exposiciones de poder. Las primeras descripciones acerca de exposiciones humanas se remontan a las ferias

mundiales en donde la gente era presentada como atracción y como “salvaje”, “bárbara”, “exótica”, “caníbales” y “guerreros”. Estas ferias mundiales eran instrumentos políticos para expresar el sentimiento occidental de cómo debía ser el mundo. La manera como presentaban sus espectáculos implicaba que lo que se exponía no era como debería ser. Las ferias se convertían en espectáculos y atracciones que, muchas veces, eran lucrativas. En estas gigantescas exhibiciones los “primitivos” de todo el mundo se convirtieron en espectáculos standard:

Junto con artefactos, casas y aldeas completas, los llamados salvajes o primitivos se hacían disponibles para la inspección visual de millones de ciudadanos occidentales. Otros lugares de exposición tales como zoológicos, jardines botánicos, circos, exposiciones temporales o permanentes coordinadas por sociedades de misioneros y museos de historia natural, todos exhibían otras razas y/o otras especies y daban testimonio del imperialismo de los estados-nación del siglo XIX. (Durrans, B. 1988: 338).

El exhibir “primitivos” se convirtió en una práctica común de las ferias mundiales a finales del siglo XIX y a principios del XX en Estados Unidos y Europa. En Estados Unidos adquirieron diversas formas, y algunas se convirtieron en los que R. Bogdan ha llamado “freak shows” (espectáculo de rarezas). Las personas escogidas para formar parte de estas exhibiciones, no era necesariamente gente con algún impedimento físico, sino gente representativa del mundo “salvaje”. No siempre hacían parte de un contexto museográfico sino de shows, circos, ferias

y atracciones. Las personas que se presentaban en estos escenarios eran extraños porque pertenecían a una cultura diferente y no familiar:

Gente de Oceanía, Asia, África, Australia, Sur América, el Ártico y representante de todo el mundo no occidental era llevada a Estados Unidos y pronto conformaban un género separado en las exposiciones de “freaks”. Estuvieron presentes en museos y circos nacientes y más tarde entraron a formar parte de las exhibiciones humanas en ferias, parques de diversiones y carnavales. (Bogdan, R. 1988: 177).

Estas exposiciones no estaban concebidas para ser una experiencia de intercambio cultural o una manera de adquirir conocimiento acerca de ellos y su forma de vida. Estas exposiciones eran pensadas como una forma de hacer dinero, ganar prestigio y una manera de reforzar la superioridad del mundo occidental. Para ello se enfatizaba, se exageraba y resaltaba la rareza de los exhibidos. Los organizadores de estas presentaciones buscaban culturas que fueran tradicionalmente diferentes y los categorizaban como “bárbaros” para poderlos mostrar en sus shows. Así, muchos estereotipos se acentuaron y se elaboraron, los cuales se pueden rastrear desde el siglo XIX e incluso antes.

La primera descripción de gente de Oceanía, expuesta en los Estados Unidos, tiene lugar en septiembre de 1831. En esta ocasión dos caníbales de las islas del Pacífico del Sur fueron presentados en la ciudad de Nueva York. Siguiendo esta exposición, otros dos caníbales fueron expuestos en las ciudades del noroeste en 1834. De todas las islas del Pacífico del Sur, Fiji era considerada como la más



Museo Histórico Nacional

exótica y a mediados del siglo XIX, los detalles de sus anómalas prácticas llegaron a Norteamérica a través de reportes de misioneros:

En 1872 se anunció que habían llegado a América, expresamente para la Gran Exposición Itinerante de P.T. Barnum, cuatro personas de Fiji, de Na Viti Levu, la isla mas grande de Fiji. (Bogdan, R. 1988: 179).

En 1938, en la exposición arqueológica y etnográfica que se realizó en Colombia, los indígenas fueron presentados bailando y cantando, lo cual sirvió a los bogotanos para sentirse aún mas distantes y diferentes de ellos.

En Europa, particularmente en Inglaterra, estas exhibiciones humanas se remontan a 1501 cuando unos esquimales fueron expuestos en Bristol. Otro ejemplo de este tipo de exhibiciones, es el montaje que se realizó de una aldea brasileña nativa fue incendiada por soldados franceses - un evento que

produjo tanto placer al rey que se repitió al siguiente día:

Durante un período de cinco siglos, mucha gente acudía a ver gente de Tabiti, aztecas, iroqueses, cherokees, ojibways, iowas, mohawaks, botocudos, guianeses, hotentotes, kafres, nubios, somalíes, singhaleses, de la Patagonia, de Tierra del Fuego. ildongots, kalmuchs, amapondans, zulus, bosquimanos, aborígenes australianos, japoneses e indios del este. Se presentaban en varias ciudades de Inglaterra y el continente en tabernas, en ferias, en teatros en Whitehall, Picadilly y en los Vauxhall Gardens a lo largo del Támesis, en el museo londinense de William Bullock, en zoológicos, circos y durante el siglo XIX la en ferias mundiales. (Kirscheblatt-Gimblett, B. 1991: 402).

En 1851 la primera exposición internacional tuvo lugar en Londres. Se

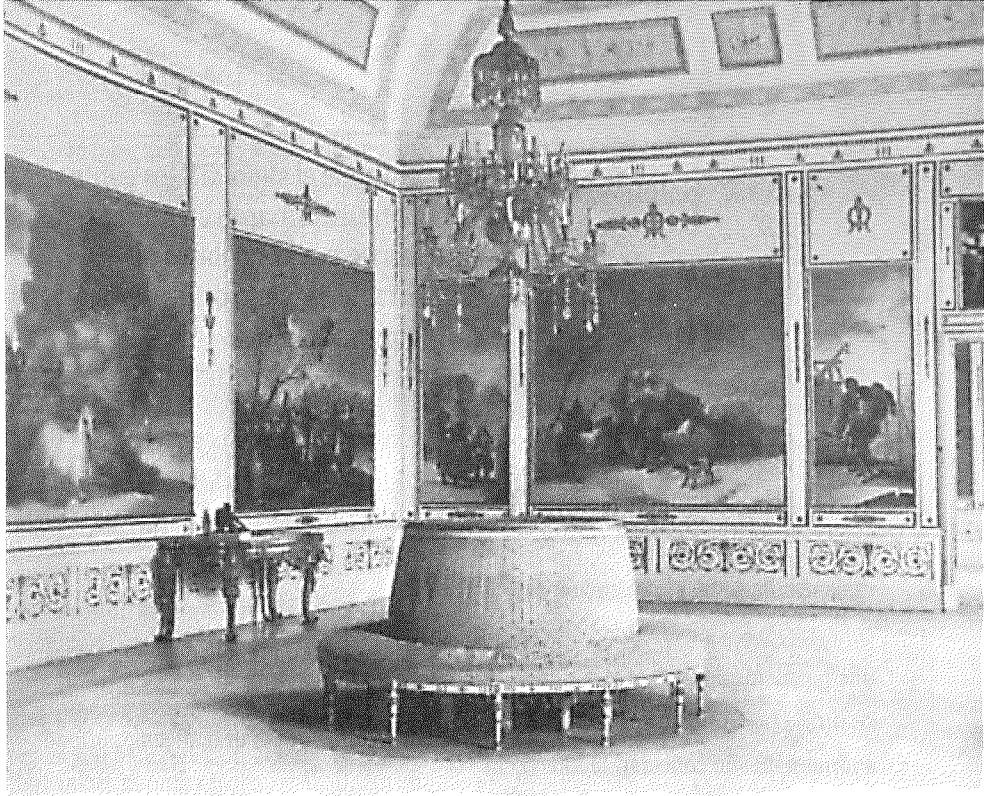
exhibió una enorme variedad de objetos, desde máquinas industriales, cámaras fotográficas, implementos caseros hasta estilos arquitectónicos. La idea de esta exposición (en contraste con sus antecesores, los gabinetes, y muchas de las que siguieron líneas similares), era la de mostrar progreso en todas las áreas incluyendo la ciencia y la cultura. No se hacía alusión a la pobreza, enfermedades, opresión o conflictos sociales o internacionales. R. Corbey ha descrito estas exposiciones como "exhibiciones coloniales" por sus intenciones de demostrar poder y acentuar la idea del imperio. La exposición indígena y colonial de Londres en 1886 es un ejemplo de esto, así como la exposición colonial de París en 1931:

Con este espectáculo gigante acompañado de música y textos escritos para la ocasión y estructurada como una empresa heroica en oposición al fundamental contraste entre lo civilizado y lo bárbaro, la gente inglesa, consciente y llena de orgullo presentó y representó su nueva idea de imperio. Tales manifestaciones son interesantes en el contexto presente, no sólo porque los nativos coloniales tenían un rol que cumplir, sino porque expresaban el idioma civilizador que se basaba en una ideología imperialista y darwinista para ver a los "primitivos" de una manera contemporánea. (Corbey, R. 1993: 340).

Algunas veces estas exposiciones humana eran presentadas mediante montajes de

aldeas. En estos casos los expositores recreaban lo que creían era un “auténtico” ambiente, lo cual ayudaba a ver a estas personas como más salvajes. Este fue el caso, por ejemplo, en París:

La feria mundial de 1878 fue la primera en la que se exhibió mucha gente perteneciente a culturas no occidentales en pabellones especialmente contruidos y aldeas nativas. La exposición de 400 nativos de las colonias rancesas Indochina, Senegal y Tahití se realizó con un gran éxito así como las exhibiciones de indígenas de Java, Samoa, Dahomey, Egipto y América del Norte en la exposición mundial de Columbia en 1893. (Corbey, R. 1993: 341).



Museo del Prado

Los significados culturales no se restringen a los objetos.

Estas representaciones intentaban mostrar como las personas de las culturas no occidentales vivían de una forma que era incluso más extraña para el público. Aunque prácticas tales como el canibalismo ya no existían, los empresarios la promocionaban para sus espectáculos. Esta era una forma de explotar los prejuicios del público y una justificación para estos negocios. En algunos casos, como el de Fiji, en donde el canibalismo se había erradicado desde 1893, los expositores no presentaban a los caníbales sino a sus hijos e hijas, ya no tan salvajes pero suficientemente extraños como para ser exhibidos. Otras culturas fueron ampliamente expuestas en Estados Unidos y Europa, en Alemania, por ejemplo, se presentaban con frecuencia sociedades africanas. Aunque los africanos no eran tan extraños como para presentar en “freak

shows” puesto que habían llegado a los Estados Unidos en los años 1700 como esclavos, todavía presentaban un interés especial para los científicos. Durante el siglo XIX las expediciones a África estaban llenas de historias acerca de la gente que allí vivía. Estos aparecían en los relatos o crónicas de viaje como personas con una extraña fisonomía y de costumbres bárbaras. Una de las culturas africanas que fue mas exotizada fue la de los Bosquimanos. En 1860 el público tuvo la oportunidad de ver a un bosquimano por primera vez expuesto:

La exhibición no era de un bosquimano ordinario, era un bosquimano troglodita o “erdmannings”, también llamado por los expositores como un “Earthman” (hombre de tierra). El sustento o alimentación de este hombre fue descrita como cualquier cosa y de toda clase de criaturas vivientes incluyendo lagartijas y grillos. (Bogdan, R. 1988: 187 - 189).

También en Alemania, hubo un gran boom de culturas africanas, pero los elementos de repulsión y repugnancia fueron más acentuados. La prensa promovía estas impresiones y las reacciones del público que visitaba estas exhibiciones parece que tenían los mismos componentes. Sin embargo, con el cambio de siglo la prensa cambió algunas de sus ideas y comenzó a dar más importancia a los detalles etnográficos:

Otra razón que dio lugar a reacciones negativas hacia los africanos en particular, además de los profundos y arraigados estereotipos de bárbaros y primitivos, era la terca y obstinada resistencia de mucha gente africana hacia la expansión europea en África, que estaba ampliamente cubierta por los medios europeos. Ante los ojos de muchos alemanes un negro africano era una clase

de monstruo salvaje. En general, cuanto más un indígena resistiera la colonización, más se debía exhibir como alguien feroz. (Corbey, R. 1993: 346).

Muchas de las descripciones que acompañaban a esta gente estaban llenas de imaginación, exageración y malentendidos. Con la intención de enfatizar en la “superioridad blanca”, una buena forma de exotizar estas culturas era considerarlos como animales que no conocían la diferencia entre un estado animal y uno civilizado. El ejemplo de los bosquimanos comiendo casi cualquier clase de criatura viviente es claro, así como las historias acerca de su forma de vida. Los bosquimanos y otras culturas africanas eran presentadas como criaturas que vivían debajo de la tierra, en oscuridad de la naturaleza y que por lo tanto, no conocían la civilización:

En 1880 otro activo empresario importó a una familia de bushman sudafricanos de los cuales dijo que eran “earthman” o “pigmeos amarillos” por el color de su piel el cual se debía a que vivían debajo de la tierra. (Bogdan, R. 1988: 189).

Otra importante exhibición o “freak show” fue el despliegue que se hizo de los salvajes ubangi durante la década de los años 1930. Fueron referidos como monstruos que eran peores que salvajes o exóticos. Estas mujeres del Congo, se

Durante el siglo XIX los gabinetes se transformaron en museos, hecho que contribuyó al establecimiento de la antropología como disciplina

constituyeron en una atracción por su costumbre de embellecerse agrandándose los labios.

Estas exhibiciones humanas no eran vistas como un reflejo del etnocentrismo norteamericano o europeo, sino como una forma de resaltar su superioridad y de justificar prácticas como la esclavitud. También confirmaban viejos prejuicios acerca de las culturas no occidentales. Así, los “freak shows” apoyaron y promovieron un tratamiento desigual hacia los no blancos.

Cuando se exponen seres humanos la pregunta de cómo se van a presentar - haciendo qué - surge. Para resolver este obstáculo algunos expositores expusieron a las personas como “vivían” o en “montajes de aldeas autóctonas”.

Muchos eran expuestos realizando sus actividades cotidianas, resaltando la diferencia. Se miraba con ojos comparativos a personas en la práctica de actividades diarias como cocinar, fumar, lavar, tejer y labrar. En 1938 la exposición arqueológica y etnográfica que se realizó en Colombia es un ejemplo de esto. Los indígenas fueron presentados bailando y cantando, lo cual sirvió a los bogotanos para sentirse aún más distantes y diferentes de ellos.

En el contexto de estas exposiciones humanas mundiales, en Colombia, en el

año de 1938 se realizó la primera exposición arqueológica y etnográfica, la cual contaba con la presencia de indígenas de varias comunidades del país. Esta exposición era parte de las actividades llevadas a cabo para conmemorar el IV Centenario de la fundación de Bogotá y estaba compuesta por dos grandes puestas en escena. La primera, era una exposición de cultura material que representaba a las culturas precolombinas. La segunda, una exhibición de indígenas vivos. Uno de los objetivos de esta última era mostrarle a la gente de la capital la diversidad de culturas que existían en Colombia. Los expositores querían acabar con las imágenes de los indios como “salvajes” y “curiosidades”. La exposición arqueológica presentó algunos objetos de las culturas Muisca, Quimbaya, San Agustín, Tierradentro, Calima, Nariño, Putumayo, Mosquito, Chiriquí, Atlántico y Tairona. Estas eran conocidas por su trabajo del oro y sus grandes construcciones en piedra que incluían tumbas, estatuas y escultura. Estas culturas habían desaparecido desde la llegada de los españoles e, incluso antes. Eran vistas como símbolos de un gran o glorioso pasado que se debía recuperar, resaltar y promover para poder entender la historia del país. La intención era ponerlas a la par de civilizaciones como la maya, inca y azteca. Estos artefactos representaban el mundo de las “antigüedades” que era tan apreciado. Por contraste la exhibición de indígenas vivos cabía en la categoría de “curiosidad”. La exhibición humana que fue presentada al público de la capital en esta ocasión era también una selección

de culturas hecha por los expositores. Los pueblos indígenas expuestos fueron los guajiros, paeces, guambianos, tunebos y sibundoyes, quienes vivían en el desierto y las tierras altas de Colombia. Los indios de las tierras bajas, los que habitaban en la selva tropical, no estuvieron presentes en la exposición, no sólo por el difícil acceso a estas regiones del país, sino también porque eran todavía considerados más salvajes que los anteriormente nombrados. La división entre los indígenas de las tierras altas y tierras bajas viene desde el siglo XIX, cuando el estudio de las comunidades indígenas estaba concentrado en las tierras altas. El objetivo de esta clasificación era demostrar, sobre todo a los europeos, que la nacionalidad colombiana estaba basada en un estadio de civilización que provenía de los complejos desarrollos de los indígenas de las tierras altas, los cuales tenían un avanzado desarrollo tecnológico. Con este objetivo se pretendía así rechazar el viejo prejuicio de que los colombianos tenían una naturaleza caribe.

El "estadio de civilización" de los grupos indígenas de Colombia era identificado y comparado con el "estadio de civilización" de los campesinos europeos del siglo XVI (feudalismo). La presencia de grandes monumentos y de técnicas metalúrgicas era vista como desarrollo en oposición a la creencia que los indios colombianos no eran desarrollados. (Pineda, R. 1984: 203).

Correspondientemente, los grupos indígenas que vivían en las tierras bajas del país eran considerados como los responsables del subdesarrollo debido a su naturaleza "primitiva". Al mismo tiempo, todos los grupos indígenas del territorio nacional eran considerados

más o menos "salvajes" y todos tenían que eventualmente hacer parte de la "civilización".

El objetivo de la exposición de 1938, era tratar de que la gente ordinaria parara de referirse a la población indígena como "primitiva". Sin embargo, la naturaleza misma de la exposición, la cual presentó simultáneamente objetos arqueológicos e indígenas vivos, tuvo el efecto contrario. Las diferencias entre las culturas precolombinas y las culturas contemporáneas solo acentuaron los conceptos de "exótico" y "primitivo" que se tenían de ellos. Los indios que se pusieron en escena en esta exposición bailaron, cantaron e interpretaron su propia música. Aunque algunos se presentaron con sus propios vestidos, otros se vistieron con atuendos que no les correspondían, fotografiados con cruces sobre sus cabezas en forma de sombrero y con su misionero detrás.

La forma como los expositores presentaron estas sociedades indígenas fue ambigua. Querían alterar las concepciones que acerca de ellas tenía el público, quienes las calificaban de "peligrosas" y por tal razón pretendieron mostrarlas como "inofensivas", como capaces de producir arte. Sus actividades guerreras fueron abolidas. La intención era presentar a un indio "inofensivo" pero, que a pesar de ello no había alcanzado el mismo nivel de desarrollo que la sociedad blanca. A pesar todas las imprecisiones, esta exposición fue importante porque para muchos capitalinos era la primera vez que tenían un encuentro con comunidades indias.

El hecho de traer indígenas a la conmemoración del IV Centenario de la fundación de Bogotá fue muy importante. Cuando la gente de la capital los vio por primera vez las imágenes de "guerrero", "salvaje" y "diabólico" se

hicieron menos fuertes. La exhibición los presentaba como músicos, gente inofensiva con la capacidad de producir tecnología y arte. (Botero, C.I. 1994: 122).

El no ser presentados en su propio contexto y con diferentes vestidos, acompañados de una fuerte presencia de la iglesia católica e interpretando algunas de sus danzas y música, los convertían en no amenazantes. La exposición fue hecha solo para presentar las "buenas" características de estas culturas y esto de alguna forma contribuyó a la percepción de los indígenas como "exóticos".

Este elemento de comparación era muy fuerte en estos despliegues y tendía a clasificar y categorizar a la gente. Si las culturas del mundo se basaran en comparaciones siempre habrá algunas mejores, peores, inferiores y superiores. Es más, si esto se hace teniendo como referencia la propia cultura, las otras siempre serán tan diferentes y extrañas que los apelativos de salvaje y exótico no se dejarán de usar.

Las exhibiciones de personas, ya sea recreaciones de actividades diarias o montadas como espectáculos formales, también crean la ilusión de que las actividades que uno observa están siendo hechas en vez de representadas, una práctica que crea la ilusión de autenticidad o realismo. Es una impresión de un encuentro no mediado. (Kirshenblatt-Gimblett, B. 1991: 415).

Un componente de control está también presente en estas exposiciones de humanos. Los movimientos de las personas presentadas son controlados porque si están siendo expuestos como diferentes deben

actuar de esa forma. No se podía pensar que podían interactuar con el público. Debían quedarse en su propio mundo, en el que era construido para ellos. Estas exhibiciones, con su intención de presentar lo extraño y lo incivilizado, no podían permitir o mostrar ningún signo de “aculturación”. Si estas personas eran expuestas como salvajes debían actuar como tal.

Un factor que debe tenerse en cuenta en esta discusión de exhibiciones humanas es el punto de vista de la gente expuesta. La pregunta que surge es la de cómo y porqué estas personas estaban de acuerdo en ser representadas y expuestas de esta manera y bajo las etiquetas mencionadas a lo largo de este ensayo. Algunos de ellos trataron de resistir sin éxito. Muchos tenían que sobrellevar la nostalgia, la confusión emocional y la adaptación a un nuevo ambiente con nueva comida y nuevas

enfermedades. Sin embargo, algunos se adaptaron de manera exitosa y eran convencidos de participar en estas exposiciones con dinero u ofertas de giras por los lugares de interés y comidas con locales prominentes.

Qué pensaban los indios de Surinam expuestos en la exhibición colonial de Amsterdam en 1883? Parecían muy entusiastas durante los primeros cinco días en su nuevo mundo pero pronto se aburrieron, se enfermaron y se desilusionaron al no conocer al rey holandés como se les había prometido (Corbey, R. 1993: 352).

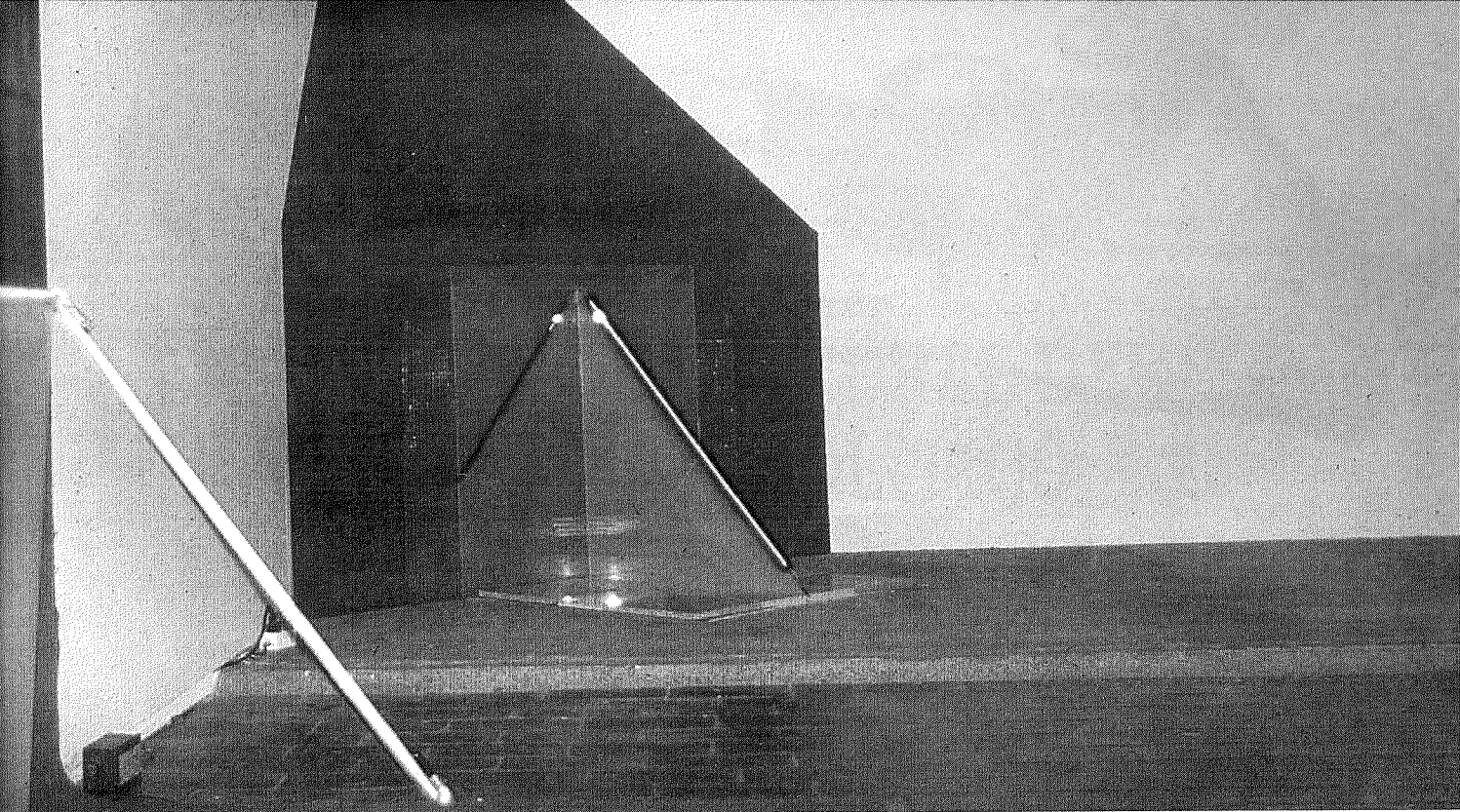
A comienzos del siglo XX hubo un declive de esta clase de exposiciones y la forma como presentaban a la gente de otras culturas.

Las críticas al imperialismo y al racismo aumentaron y estos espectáculos se juzgaron como controversiales y objetables moralmente. Es más, el reclutamiento de salvajes se hizo cada vez más difícil para países con colonias debido a sus nuevas leyes y regulaciones. La Primera Guerra Mundial y el período de postguerra hizo esto aún más complicado. En Alemania, por ejemplo, los Nacional Socialistas, quienes temían que se pudiera incrementar la simpatía alemana por estas gentes, se prohibieron este tipo de exposiciones.

Conclusiones

Las exposiciones y ferias mundiales mencionadas anteriormente son sólo algunos ejemplos de muchas otras exhibiciones humanas que tuvieron a finales del siglo XIX y principios del XX.





Sin embargo, no existe mucha diferencia entre esas exposiciones y las que tenían lugar en los museos. En muchos países, los museos se han considerado lugares o instituciones “científicas” en donde la investigación se promueve. Se asume que tanto los objetos como los humanos que son exhibidos en museos adquieren más importancia o relevancia que si son presentados en otros espacios. Las exposiciones en ferias y en circos se supone que deben ser diferentes, pero las imágenes del otro que estos espacios proyectan acerca del otro son esencialmente las mismas. Los nativos, incluso en un museo, siguen viéndose como exóticos. No existen límites claros entre estos dos escenarios y las consecuencias de estas exhibiciones puede decirse que son las mismas. Los museos y sus exposiciones no siempre transmiten el mensaje que quieren o desean, aún en el espacio considerado como apropiado. Este fue el caso de Colombia en 1938 cuando en vez de familiarizar lo exótico, se exotizó lo familiar.

De acuerdo con S. Price (1984) la distinción entre conocedor y salvaje juega un papel importante aquí. Los conocedores

occidentales son los que se asignan a ellos mismos la tarea de salvar, interpretar, preservar y definir objetos producidos por otras personas, asumiendo que estas no son capaces de realizar esta tarea por ellas mismos. Por lo tanto, los objetos que vemos en una exhibición, como la de 1938 en Bogotá, son un espejo de los sistemas de clasificación que no pertenecen a los fabricantes de los objetos, especialmente si estos ya no existen. El público debe confiar en el conocimiento del especialista occidental y esto siempre implica que las decisiones tomadas por esta(s) persona(s) y algunos de sus puntos de vista personales, van a formar parte de la presentación. Esto es válido, sin embargo, se necesita estar al tanto de que existen diversas y diferentes formas de presentar los mismos objetos o personas y que la visión del conocedor puede estar imponiéndose sobre las de la gente que esta siendo expuesta.

La división entre conocedor y salvaje también acentúa la división entre “civilizado” e “incivilizado”, porque estos últimos no tienen el conocimiento apropiado y tienen formas extrañas de vivir y de comportarse:

La antítesis del prototipo de conocedor es seguramente el prototipo de salvaje. Un conocedor es un hombre impecable, bien criado, bien educado y bien vestido, discreto en su forma de actuar, seguro de si mismo, medurado en sus juicios y sobretodo un hombre de extremo buen gusto. Un salvaje no es un hombre bien vestido (en ocasiones desnudo), no educado, tiende a ser ruidoso y a tener un comportamiento lascivo, confunde los mitos con la historia, abandona su trabajo artístico a las termitas en lugar de conservarlo en museos, saborea nueces de palmas en vez de escargots y no tiene nada de lo que le compete al conocedor en asuntos de gusto y arte. (Price, S. 1984: 7).

